

UN TESORO ESCONDIDO

—¿Qué estamos haciendo en el centro comercial? —se quejó Darío—. Tengo que hacer tareas para la clase de mañana y estudiar para una prueba.

—Darío —le dijo Samantha con cara de exasperación—, tú sabes tan bien como yo, que todos los días de la semana pasada estudiaste para esa prueba. La profesora muy pronto te pedirá que enseñes esa clase. Y yo haré esa tarea contigo. Somos compañeros, ¿recuerdas? La haremos cuando regresemos. Ahora mismo tenemos algo más importante que hacer.

Samantha recorrió la tienda examinando la ropa. Darío la siguió dócilmente.

—¿Qué cosa andas buscando que sea tan importante? —le preguntó.

—Busco un par de pantalones negros —contestó Samantha—. Debe tener bolsillos. Como éste.

Acto seguido, entregó una bolsa con folletos a Darío y colocó uno de ellos en un bolsillo de cada pantalón. Le dijo que hiciera lo mismo.

—Eres muy inteligente —le dijo al comprender de qué se trataba—. ¿Cómo se te ocurrió hacer esto?

Sucede que deseaba distribuir folletos religiosos, pero soy demasiado tímida para hacerlo directamente. Los que los encuentren en los bolsillos se sentirán más inclinados a leerlos.